

LA VISITA DEL PRESIDENTE DE PANAMA



Discurso del Ilmo. Sr. Dean de la Catedral Metropolitana, Monseñor Alfredo Hidalgo

“Señores: Grande y legítimo orgullo sentimos hoy los costarricenses todos, al ver aquí en medio de nosotros y dentro de las naves del primer templo de la nación, ocupando el lugar que corresponde a su destacada personalidad, al ilustre Presidente de la hermana República de Panamá. Teníamos para con él inmensa deuda de gratitud que saldar, y quizá sea este el momento más

oportuno para externarla, aquí donde vienen a fundirse en comunión de ideas y sentimientos, la Iglesia y el Estado, la sociedad y el pueblo. La presencia de tan distiguado huésped, despierta en nosotros los más vivos sentimientos de emoción y no parece sino que el alma nacional toda vibración y entusiasmo se da cita aquí, para homenajear al Presidente de Panamá y transmitir en su persona los sentimientos de honda y cariñosa estima que nos ligan una vez más con el noble pueblo panameño.

Pero además, otro motivo nos congrega dentro del recinto sagrado. Nuestro dignísimo Prelado interpretando fielmente los sentimientos patrióticos y religiosos de los costarricenses, ha querido ofrecer este acto religioso a los Excmos. Presidentes de Costa Rica y Panamá y en acción de gracias al Cielo por el beneficio inmenso que significa el arreglo de límites entre estas dos naciones.

Este era, el problema más serio a resolver entre estos dos pueblos, pero como el destino de estos dependía de sus gobernantes, había que esperar que sonase la hora predestinada para sellar en santa paz, negocio de tanta monta. Convenía que diéramos a este acontecimiento toda la importancia que encierra, toda la magnitud que significa. No podíamos mirar con indiferencia hecho tan fastuoso. Día eternamente memorable en los fastos de nuestra historia este! en que se han borrado para siempre las amenazas que bien podían enturbiar la tranquilidad proverbial de dos países hermanos por la vecindad y por la sangre.

No hubo en toda nuestra larga historia, panameño ni costarricense que no desease la cancelación terminante de aquella vieja litis. Esta fué la preocupación de nuestros hombres de estado. Había poderosas razones para quererlo así. La experiencia nos había enseñado que son fatales las consecuencias cuando se discuten las líneas fronterizas de dos naciones. Es que en la discusión no siempre impera la calma, la razón y el buen sentido. Cuando las masas se dejan llevar por los fuertes impulsos de la sangre que no sabe pensar ni razonar, entonces las querellas siguen el camino de las violencias. ¡Cruel y abrumadora pesadilla había atormentado por largos años el ánimo de costarricenses y panameños! Todos queríamos un arreglo honroso, equitativo, justiciero! Un arreglo que en nada lastimase los derechos de una y otra parte! Pero qué difícil cosa es llegar a un buen entendimiento cuando hay vitales intereses de por medio! Aquí fracasan constantemente lo mismo la ciencia que el talento, lo mismo la diplomacia que la buena voluntad! Un pedazo de tierra no vale lo que vale la vida de un hombre! Y pensar que por palmos de tierra se desencadenan furiosas tempestades que asolan la humanidad!

Y aquí desfila deslante de nuestros ojos, esa pléyade de preclaros ex-presidentes de Costa Rica y Panamá, conduciendo las naves de sus países, entre Scila y Caribdis, con ánimo tranquilo y sereno.

Quien no recuerda la figura venerada de aquel gran patriota que se llamó Cleto González Víquez, que se dió por entero a la nación, y que hoy desde las claras regiones de ultratumba, habrá de sonreír complacido al ver cristalizadas en hermosa realidad una de sus preocupaciones de mandatario?

Y quién no trae aquí a la memoria el esclarecido varón Licenciado don Ricardo Jiménez, que puso al servicio de aquella causa todos los recursos de su grande y poderosa inteligencia?

Y habríamos de olvidar los titánicos esfuerzos inspirados en el más genuino patriotismo del ex-presidente Licenciado don León Cortés, cuyos tratados eran ya casi un hecho?

Quiso la Providencia Divina que ascendieran casi simultáneamente a la presidencia de la República el doctor Calderón Guardia y a la de Panamá el doctor don Arnulfo Arias, a quienes predestinaba para realizar los votos pacíficos de costarricenses y panameños. Hubo quienes pudieran dudar que los noveles mandatarios, dieran cima a la empresa acometida, pues en ella habían visto fracasar a estadistas eminentes y jurisconsultos versados. Pero estos ilustres varones, a quienes acompaña estrella muy feliz en las obras que emprenden, sin tropezar con dificultades, sintiendo más bien por todas partes el apoyo decidido de sus conciudadanos, han tenido la suerte envidiable de coronar brillantemente su difícil empresa. En los protocolos de ambas Cancillerías, como en las selvas vírgenes del Sur, ya están clara y definitivamente trazadas las líneas divisorias que marcan los territorios respectivos.

Hemos visto a estos dos idealistas de la presente generación, armados caballeros de nobleza e hidalguía, dirigirse a un campo de combate, sin más arma que el escudo del honor nacional, sin más espada que la cortante y filosa de la razón y de la justicia ... y ambos saldrán vencedores porque el golpe certero de uno y otro va dirigido contra aquel nudo gordiano que nadie acertaba a desatar. El día que se dijo que estos jóvenes de gallarda apostura se habían estrechado en afectuoso abrazo sobre el puente del Sixaola, ese día pudimos exclamar: ¡Corrientes impetuosas del Sixaola! Frondas rumorosas del Coto! Decid a los que moran en aquellas apartadas cabañas, que su selvático silencio ya no será más interrumpido que por el hacha del labrador!

Los pendones nacionales cruzadas aquí sus astas y flotando entre aires de libertad y fraternidad convidan a los hijos de estas repúblicas a entonar un himno a esta nueva etapa de vida y solidaridad continental. Es así como en realidad los gobiernos unidos, estrechan y unen a los pueblos que en mucho han de seguir el ejemplo de sus guías y mandatarios.

Esculpidos en letras de oro, las generaciones futuras habrán de leer los nombres de estos ilustres Presidentes y egregios patriotas, que hoy ciñen a su solapa el florón más glorioso de su vida, porque han realizado empresa digna de figurar inmortalizada en bronce o granito. Y el secreto de este soberbio triunfo que hoy aplaudimos, indiscutiblemente que va ligado a esa corriente de simpatía que hace de ellos los hombres mimados de costarricenses y panameños. Les haremos justicia, reconociéndolos como padres de esta nueva era de fraternidad, asentada ya sobre bases incommovibles. Nada tendrá fuerza suficiente para alterarla un momento. ¡Gloriosa fraternidad que anhelan todas las naciones y que Cristo vino a traer al mundo, pero cuyo reinado universal destronan los odios y las rivalidades!

De hoy en adelante Costa Rica y Panamá marcharán del brazo y si traspasan sus fronteras, será para brindarse los productos de su suelo y prestarse alivio en sus horas de quebranto.

Loor y gloria también a las Cámaras Legislativas de estos países, que con altura de ideas supieron secundar proyectos de genuino panamericanismo!

Ante el altar excelso de la nación donde arde el fuego vivo del patriotismo, como delante de ese otro altar sagrado donde cada mañana suben al cielo las ondas de incienso llevando al trono de Dios las oraciones de la Iglesia ... nosotros ciudadanos de esta patria que veneramos porque es asilo de cívicas virtudes y nobles libertades ... y como hijos de esta otra Madre cariñosa en cuyo regazo bebimos la luz de la fe ... hoy más que nunca habremos de caer de hinojos ante la majestad suprema del Dios de las naciones en actitud de profundo agradecimiento.

La voz oficial de la Iglesia de Costa Rica, representada aquí en sus altos y legítimos Jerarcas, con su Cabildo y su Clero, con sus fieles de todas las categorías sociales, bendice y aplaude con entusiasmo ferviente el acontecimiento que aquí nos congrega y le pone el sello de su más alta aprobación al entonar por los labios de nuestro dignísimo Prelado el himno grandilocuente del *Te Deum*, con que ella acostumbra celebrar los hechos memorables.

Señor Salva a la República, Señor salva a su Presidente!

Señor, salva a la nación panameña, Señor salva a su Presidente!

Declaraciones de los dos Presidentes

“Recordemos, distinguidos colegas, este día de hoy como uno de gloria para nuestras dos naciones. El homenaje en honor del Primer Mandatario de vuestra nación y del huésped que os habla agradecido es seguramente raro, acaso único en sus antecedentes y en sus proyecciones futuras; y así, bien se nos ha de permitir que sin la más leve jactancia, lo inscribamos con caracteres áureos, como una enseñanza, en los anales de la profesión en nuestras tierras de América. He dicho ENSEÑANZA, pero si me fuese dado aunar al mío propio el modo de pensar y de sentir del Excelentísimo Señor Presidente de Costa Rica, añadiría para completar mi reconocimiento hacia el Gobierno y el pueblo hospitalarios, que la fecha de hoy ha de ser también señera a panameños y costarricenses en nuestra vida de relación futura. En este sentido deseo empeñar solemnemente mi palabra, en cuanto a mí mismo ataño; y cumpliré el compromiso contraído, por todos los medios a mi alcance, sorteando cuantos escollos pudiesen salirme al paso, a fin de lograr en lo sucesivo una inteligencia más franca, cordial y estrecha, caldeada por el aprecio, el afecto y el respeto mutuos, entre nuestras dos nacionalidades y entre nuestros dos pueblos”.

(Del discurso del Sr. Presidente de Panamá, Dr. don Arnulfo Arias, en la recepción de la Facultad de Medicina, en la noche del 15 de julio de 1941).